

INTRAHISTORIA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

CAROLINA DEPETRIS*

RESUMO

Objeto de este artículo es presentar dos testimonios vívidos, agudos y contemporáneos de los acontecimientos que transformaron la historia de México tras el fin del porfiriato. Tomando motivos comunes confrontaremos unas cartas escritas por la esposa del representante diplomático norteamericano en México durante el huertismo, con la memoria literaturizada de una hotelera inglesa en Cuernavaca para definir la semántica de la Revolución mexicana y sus actores a través de la intrahistoria trazada por dos viajeras mujeres.

PALAVRAS-CHAVE: Revolución mexicana, Rosa King, Edith O'Shaughnessy

ABSTRACTS

The purpose of this paper is to present two vivid, penetrating and contemporary testimonies of the events that transformed the history of México since the end of the Porfiriato. Taking common motifs, we shall confront some letters written by the wife of United States *chargé* in México under President Huerta with the literaturized memories of an English woman, owner of a hotel in Cuernavaca, in order to define the semantics of Mexican Revolution and its actors through the "intrahistory" traced by this two women travelers.

KEYWORDS: Mexican Revolution; Rosa King; Edith O'Shaughnessy.

El objeto de este trabajo es presentar el testimonio de dos mujeres extranjeras que estuvieron en México en tiempos de la Revolución y que decidieron escribir sus experiencias. Edith O'Saughnessy publica en 1916 *A Diplomat's Wife in Mexico*. Su libro es resultado de una compilación de cartas que dirige diariamente a su madre desde el 8 de octubre de 1913 hasta el 5 de mayo de 1914, tiempo en que su marido fue encargado de los asuntos norteamericanos en México, cuando Huerta era presidente y sufría, dentro del país, los embates de las fuerzas revolucionarias de Carranza, Villa y Zapata y, fuera, una tensa relación con Estados Unidos que desembocaría en la ayuda del presidente Wilson a los rebeldes y en la intervención y toma de Veracruz el 26 de abril de 1914, día en que se iza la bandera norteamericana en el puerto.

El libro de Rosa E. King, *Tempest over Mexico*, aparece después, en 1935. Su testimonio, con grandes elipsis, abarca casi veinte años que comprenden los últimos tiempos del porfiriato y las presidencias de Madero, Huerta, Carranza, Obregón y Plutarco Elías Calles. Diez capítulos en un total de 21 coinciden en tiempo con la cronología de O'Saughnessy y constituyen el momento de mayor tensión narrativa de su testimonio.

Ambas mujeres tienen en común que pertenecen a familias acomodadas de origen sajón pero llegan a México por diferentes razones, se instalan en diferentes lugares y tienen en el país experiencias disímiles. Edith O'Saughnessy (1870-1939), nacida en Estados Unidos, se casa con Nelson O'Saughnessy, diplomático de carrera y llega a México en 1911, luego de haber estado en Alemania y Austria-Hungría. Su esposo fue secretario de la Embajada de Estados Unidos mientras Henry Lane Wilson era el embajador. Éste último tramó junto con Huerta, durante la Decena Trágica, el derrocamiento de Madero. Una vez que Wilson es llamado a Washington, O'Saughnessy se convierte en el representante de Estados Unidos en el país y se instala junto con su mujer y su hijo en la Embajada, en Ciudad de México. Edith O'Saughnessy ofrece en sus cartas testimonio de la Revolución vivida desde la capital del país, dentro del ambiente diplomático, en contacto cercano con Huerta, su familia y su gobierno y también con la aristocracia todavía porfiriana residente en la ciudad. De su experiencia en México, además de sus cartas, publica *Diplomatic Days* en 1917 y *Intimate Pages of Mexican History*, en 1920.

Rosa King, inglesa nacida en India en 1865, se educa en Inglaterra, viaja a Estados Unidos y se casa allí. Con su marido llega a México por primera vez en 1905, probablemente como turista y conoce entonces Cuernavaca, donde establecerá su hogar una vez que regresa, ya viuda, en 1907, ahora "*como una mujer que debía abrirse camino por sí misma*".¹ Allí establece una casa de té y un taller de cerámica.² En 1910 decide invertir su dinero en comprar y remodelar un edificio de 400 años para convertirlo en el Hotel Bella Vista con la excusa de que, con motivo de los festejos del Centenario, habría un importante flujo turístico en Cuernavaca. El hotel se inaugura el 9 de junio de 1910, pero unas pocas semanas después de las pomposas celebraciones patrias del 15 de septiembre estalla la Revolución. Desde este momento, la suerte del hotel queda ligada a la revuelta no sólo porque allí se hospedan Madero, Huerta, Felipe Ángeles y otros personajes sino, y sobre todo, porque está ubicado en el corazón de la revolución zapatista que será, esencialmente, la revolución que vivirá King. Como "*vecina*" del pueblo, King tiene un ámbito de relaciones mucho más amplio que el de O'Shaughnessy, ya que tratará tanto a los hacendados educados en Europa como a los tlahuicas, a mexicanos como a extranjeros, a federales como a rebeldes y su vivencia de la revolución tendrá para ella implicaciones no sólo circunstanciales, sino profundamente vitales. Como ella misma sostiene, "*al invertir todo lo que tenía en el Bella Vista, [fundí] mi suerte con la del pueblo y desde ese momento, inevitablemente, todo lo que le sucedió a México también me sucedió a mí*".³

Conocer desde cerca acontecimientos que hoy, a cien años de ocurridos y en medio de tiempos tan complicados para México, siguen constituyendo una historia, en el sentido literario del término, tan dramática y fascinante era, creo, una explicación suficiente de por qué estos dos libros fueron entretenidos e interesantes *para mí*. Pero ¿por qué habrían de serlo fuera de México en 1916 y 1935? O más precisamente, ¿por qué sus autoras pudieron pensar que serían de interés, al punto de escribirlos (recomponerlos en el caso de O'Shaughnessy) y publicarlos? Arriesgo aquí tres razones probables que intuyo insuficientes:

- (1) Porque ambas fueron observadoras muy agudas, nada ingenuas y de primerísima línea de los acontecimientos revolucionarios y conocieron de cerca a muchos de los actores claves de este proceso.

Así, a través de ellas tenemos acceso a pequeños pero sustanciosos detalles que, en general, no registra el discurso historiográfico como saber, por ejemplo, el estado de angustia en que llega Madero a alojarse en el Bella Vista pocos días antes de su asesinato.

(2) Porque ambas tienen una fuerte conciencia de estar viviendo un acontecimiento fundamental de la historia de México y, al mismo tiempo, lo que nos presentan es una *"intrahistoria"* del discurso historiográfico consolidado en torno a la Revolución. King, por ejemplo, al hablar del no nombramiento de Zapata como gobernador de Morelos por parte de Madero, afirma: *"Ahora resulta fácil concluir que el presidente Madero cometió un error decisivo al hacer a un lado a Zapata, y que ésta fue una de las primeras fisuras del movimiento revolucionario que más tarde arruinaría a Madero –y a nosotros con él. Pero en ese tiempo Zapata era un indio prácticamente desconocido, cuya excepcional capacidad de liderazgo aún no revelaba su verdadera dimensión"*.⁴ Gráfica también es esta cita: *"No creo que Zapata comprendiera mejor que yo la verdadera significación de lo que entonces estaba haciendo, o que atisbara el día en que iba a alcanzar una jerarquía cercana a la de Hidalgo y Juárez"*.⁵ Este cruce de tiempos del enunciado y del momento de enunciación ofrece, a su vez, un cruce de lecturas interdiscursivas que redundan en un fuerte cuestionamiento de las máximas historiográficas para un lector contemporáneo. El más fuerte tal vez: la reivindicación de Huerta como gobernante legítimo y patriótico que traza O'Shaughnessy.

(3) Porque ambas tienen conciencia no sólo de la potencia histórica, sino también *"literaria"* de un suceso como fue el de la Revolución mexicana.⁶

Con base en estos tres motivos, voy a repasar cómo manejan ambas mujeres la construcción de sus textos y su evolución como narradoras, la relación que ellas tienen con la Revolución y con México, y la carga semántica que aquella y sus actores tiene para cada una.

Ambos testimonios siguen un esquema de tensión gradual de la historia narrada que comienza con una vivencia arcádica de un México que se percibe exótico, pintoresco, bello y que se traduce en una contemplación estética del paisaje destacando los volcanes, los indios que trabajan la tierra, las montañas que rodean los valles de México y Cuernavaca, la vegetación exuberante y muy especialmente la luz. En O'Shaughnessy la tensión se va incrementando con los cruces diplomáticos entre Huerta y Wilson y la creciente amenaza de intervención por parte de Estados Unidos que encuentra su clímax en el incidente Tampico: a partir de este momento, Estados Unidos ya tiene una excusa para ocupar México y lo hace, determinando así poco después la salida de su representante diplomático y el final de los días de O'Shaughnessy en el país, que abandona finalmente en un yate que había pertenecido a Sarah Bernhardt, rodeada de "*todas las comodidades modernas*".⁷ En King, la tensión crece junto a la lucha entre Zapata y los federales por el control del estado de Morelos. Conforme avanza Zapata hacia Cuernavaca, la tensión narrativa aumenta porque se acrecientan dramáticamente los padecimientos de ella y sus vecinos: los pocos pobladores que quedan en Cuernavaca y los soldados federales destacados en el lugar sufren hambre, están sitiados, nadie los rescata. Finalmente deciden huir en lo que será, en el relato, un derrotero infernal que tiene su momento crítico cerca de Malinalco. Cito un fragmento extenso de esta escena para destacar la fuerza dramática que cobra el relato en este punto:

De repente comenzó el tiroteo –sosegado al principio, como el ascenso del viento: una ola de balas se desprendió de la verde ladera de la montaña al otro lado de la barranca, chocó contra las rocas y se abatió sobre nuestra gente como el granizo que troncha los tallos de las flores. Una especie de tembloroso gemido recorrió nuestras filas [...]. La muerte seguía fluyendo a raudales de aquel imparable flanco montañoso. Los hombres a mi alrededor levantaban sus rifles y disparaban hacia los rastros de humo que se elevaban al otro lado del abismo, desafiando al invisible enemigo mientras caían. Había algo monstruoso en nuestro desvalimiento, en nuestra incapacidad para devolver siquiera un golpe efectivo, que nos despojaba de nuestra dignidad y convertía a nuestros hombres en bestias rabiosas. Sus gruñidos y vociferaciones y los espantosos sonidos animales que escapaban de sus gargantas cuando disparaban, se mezclaban con los lamentos de los heridos y las agudas exclamaciones de las soldaderas que como Furias ululantes, arrebataban las armas de los caídos y las entregaban a los que aún estaban en pie. Las

mujeres del pueblo se arrodillaban y rezaban, con sus rebozos en la cabeza, sin hacer mayor esfuerzo por librarse de las balas. Un caballo herido y sin jinete atravesó violentamente y entre bramidos nuestra columna... Hombres y mujeres se desplomaban a mi alrededor y un hedor a sangre fresca brotó de la sofocante nube de pólvora. Pensé que había llegado el fin.⁸

De las 8.000 personas que huyeron de Morelos llegan a Tenango, punto en que irónicamente las fuerzas carrancistas las amparan de las de Zapata, sólo 2.000 en condiciones miserables, incluso vergonzosas para una "*dama inglesa*":

[...] estaba conciente de que mi pelo era una maraña de polvo, de que mis ojos se hallaban enrojecidos e hinchados por la falta de sueño y el sol inclemente. Vi mi mano sobre la rienda, sucia, con las uñas rotas que todavía retenían la tierra de la barranca [...]. Vi que estábamos embarrados de lodo, con las ropas tiesas de sangre y de mugre, y las caras todas con el mismo rictus. Parecíamos más animales que gente, malolientes, indistinguibles; todas las minucias de la educación y la sensibilidad, todos los quisquillosos hábitos en que nos reconocíamos, se habían borrado. Tales bienes habían sido el refugio de nuestro ego, sin ellos, semejábamos bestias malheridas arrastrándose hacia su madriguera. Me escondí de la mirada de los hombres al borde del camino como quien anda en cueros en un mal sueño. Quería gritar: "¡Esta no soy yo!".⁹

Es a partir de este momento cercano a la desintegración ontológica del personaje que la narradora comienza gradualmente a disminuir la tensión del relato conforme mengua el caos de la Revolución e interrumpe la correlación entre tiempo del enunciado y tiempo de la enunciación con grandes elipsis que saltan de la presidencia de Carranza a la de Obregón y a la de Plutarco Elías Calles en una sucesión política que ella asimila a la recomposición de México.

Esta estructura narrativa "*en gradiente*" empata con la evolución que sufren ambas mujeres en su doble función de narradoras y personajes. Los acontecimientos que viven generan en ellas un conflicto cada vez más acentuado respecto a la posición desde donde los sufren. O'Shaughnessy, en un comienzo, llega a México convencida de que el problema en el que está sumido el país es de larga data, que este problema se explica en el marco político más amplio de América Latina, y que no se puede resolver sin la intervención de alguna potencia de fuera porque, dice, "*los mexicanos nunca se han gobernado por sí mismos*".¹⁰ Esta opinión favorable a la intervención, muy en consonancia con la

política exterior de Wilson, se va quebrando a medida que conoce cada vez más de cerca a Huerta, su intención de “pacificar México” y los modos en que procura hacerlo. De manera proporcional, cuando aumenta la presión de Estados Unidos va aumentando su crítica a la política exterior de su país hasta rozar la inconveniencia, teniendo en cuenta que es la esposa del representante diplomático norteamericano en México. Una vez que Estados Unidos decide apoyar con armamento a los rebeldes del Norte, O’Shaughnessy se incomoda con su situación diplomática (dice, por ejemplo, “*me sentía como vampiro en los jardines de una iglesia*”¹¹) y crece la distancia entre su visión política y la de Estados Unidos. Las críticas a las decisiones de Wilson comienzan a ser frecuentes y directas: “*todo el tiempo tengo la enfermiza sensación de que nosotros estamos destruyendo a estas gentes y que no hay remedio. Siento que nos aprovechamos de todas sus desgracias*”, “*Hemos pisoteado el “Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848”, en que se aceptaba que cualquier disputa debería someterse a un arbitraje. ¿Así que no me vuelvan a salir a mí con sus famosos tratados!*”, “*La fuerza tiene la razón. Es lo que podemos empezar a enseñar en las escuelas norteamericanas*”¹² y esto, según sostiene en varios momentos de su correspondencia, no por Huerta, ni por la democracia, ni por México, sino por el petróleo.¹³ Consideremos también que cuando O’Shaughnessy publica su libro, Wilson es todavía presidente de Estados Unidos.

En Rosa King el conflicto gira en torno a su extranjería. El razonamiento inicial, una vez que se destapan las revueltas, es “*soy inglesa, estoy al margen de esta revolución*”¹⁴ y se apoya, ante los problemas que comienzan a surgir, en sus derechos de extranjería. Cuando Zapata sitia Cuernavaca y los vecinos comienzan a morir de hambre “*arrastrados, indefensos y contra nuestra voluntad, a este trágico juego*” este derecho comienza a quebrantarse en un cuestionamiento: “*¡Soy extranjera! ¿Por qué tengo que sufrir esta Revolución?*”¹⁵ Antes de la huida de Cuernavaca la atmósfera protectora que ella había sentido en el lugar se torna opresiva¹⁶ y la continua apelación a la extranjería se convierte en un reclamo infantil y estéril que dirige a los volcanes que rodean el valle de Cuernavaca, el Popocatepetl y el Iztacciahuatl:

Yo soy yo –grité- ¡Estoy viva! No acabarán conmigo. ¡Ésta no es mi Revolución! ¡Aquí soy una extranjera! ¡Este no es mi país! ¡Este no es mi pueblo! ¡Lo odio... lo odio!
Pero mi grito se perdió en el viento [...] “¿Y qué si no es tu Revolución? – parecían decirme las montañas –. Cuando la junta está en el surco, el campesino no retrocede ante una lombriz.”¹⁷

Esta metáfora sublimante es, en términos aristotélicos, la *anagnórisis* de King sustentada en la comprensión esencial de que “*todos podíamos perder la vida*”.¹⁸ La sublimación borra toda diferencia y la prepara para vivir la revolución desde dentro en el éxodo tremendo de toda una comunidad hacia ciudad de México: “*ya no me sentí sola, apartada. Las diferencias de nacionalidad, raza o clase, nada significaban ahora. Estaba con esta gente. Era uno de ellos*”.¹⁹ Desde esta nueva posición, y a pesar de los padecimientos escalofriantes que la persecución de las fuerzas zapatistas la obligaban a vivir, King precisa su postura en la contienda: “*comprendí la justa ira [zapatista] que no dejaba piedra sobre piedra en el valle, como un fuego que extirpara la peste*”.²⁰

Después de esta conversión, este juego reflejo entre la extranjería de King y la Revolución mexicana se revela en los derroteros del protagonista de un Bildungsroman: “*Había aprendido bastante en esos dos años. Ya no era la mujer de antes, la que por ser extranjera pensaba que ésta no era su Revolución. Había llegado a conocer la historia de este país, para vincularla con lo que yo misma había presenciado y comprobado; para entender que la Revolución era un profundo y necesario cataclismo -y que yo formaba parte de él*”.²¹ Hacia el final de su testimonio, el aprendizaje se resuelve en una nueva categoría ontológica comunitaria, la “*vecindad*”, que, después de la Revolución, reconcilia la tensión del ser extranjero:

Todavía soy una extranjera, una inglesa. No obstante, después de los sufrimientos que compartí con la gente de mi pueblo, no puedo ser una intrusa para los mexicanos. Suceda lo que suceda, estoy de su lado. Lo que es bueno para ellos, es bueno para mí. [...] Es sólo la convicción de que mis vecinos están mejor ahora gracias a la tormenta que me destrozó, lo que me reconcilia.²²

En ambas protagonistas, este cambio de posición ontológica queda simbólicamente reforzado por el abandono de sus pertenencias al dejar México en un caso y Cuernavaca en el otro. O’Shaughnessy, con la prisa de la salida del país, dice “*Todos mis cachivaches quedaron regados por el salón, con mantas, sarapes,*

*fotografías autografiadas y enmarcadas bellamente. Estas fotografías que por tantos años me habían acompañado. Pero frente a la catástrofe nacional, sentí que perdía todo sentido de posesión y era, a la vez, incapaz de encontrar valor alguno a las cosas".*²³ La pérdida de King es más contundente todavía, ya que de su patrimonio sólo conserva algo de dinero.²⁴ No obstante, no hay en King una lamentación sino un sereno, maduro reconocimiento de una equivalencia sinecdótica de su vida con la de México y de ambas con el ciclo vital morir/ renacer. Dice hacia el final de su libro:

[...] no puedo sino concluir que esas revoluciones que tuve que enfrentar para vivir eran inevitables -los auténticos cimientos sobre los que ha sido edificada la República del presente. Una idea horrible, si se consideran los muertos y los heridos, los huérfanos y las mujeres y jóvenes desamparadas; pero las naciones poderosas del mundo han sido construidas sobre las ruinas de una rebelión legítima.

[...]

Ahora, hoy, al mirar a mi alrededor, sólo encuentro paz y una dulce quietud [...].²⁵

Con esta cita paso a la última parte de este artículo en donde, estimo, encontraremos más diferencias que similitudes en estas autoras. Se trata de ver cómo ambas perciben y valoran ciertos personajes y acontecimientos de la Revolución. Ya intuimos, creo, que se inclinan a un esquema de valoración discordante porque, aunque las dos están siempre bajo protección de los federales, O'Shaughnessy defiende la intención pacifista de Huerta y King el compromiso liberador y justiciero de Zapata. Voy a repasar estos motivos de manera un tanto esquemática.

El personaje clave del libro de O'Shaughnessy es Victoriano Huerta.²⁶ Claramente es para ella un dictador militar pero su dictadura amerita importantes matizaciones: 1) su presidencia, en términos legales (aunque tal vez no morales) es legítima;²⁷ 2) México es un país que, si no es a través de un dictador o de una intervención extranjera, carece de "*materia prima para construir un Estado con gobierno propio*";²⁸ 3) la inconstitucionalidad que supone una dictadura es un mal necesario para poder reestablecer la paz en México "*del mismo modo como el enfermo grave necesita de una operación inmediata*";²⁹ 4) "*Huerta tiene poco respeto por la vida humana [...]. Sólo con mano de hierro se puede mantener orden entre*

esta indisciplina, misteriosa, apasionada y tenaz mezcla de innumerables y distintos elementos".³⁰

No hay en todo el libro una calificación negativa del carácter de Huerta. Muy por el contrario, en reiteradas ocasiones es descrito como un hombre sagaz, fuerte, astuto, hábil, cortés, atinado, amigable, incluso encantador.³¹ Cuenta O'Shaughnessy la historia personal de Huerta en la que destaca las notables cualidades que lo llevaron desde un origen humilde a la presidencia de una República, hace una descripción física de él en donde, de paso, desmiente el tan mentado alcoholismo del que padecía;³² y cuestiona los rumores de enriquecimiento ilícito del presidente en un sistema, por otra parte, en donde *"hay muy poca diferencia entre quienes hacen y quienes quebrantan la ley"*.³³ Frente a la presión norteamericana, Huerta es retratado siempre como un patriota: desoye todas las advertencias de Washington, defiende el derecho de México de tener un *"desarrollo propio que le [permita] evolucionar dentro de sus propias medidas"*, equipara a México con las grandes naciones europeas, se declara siempre en contra *"de las potencias y de las dominaciones"*.³⁴ Internamente defiende la necesidad de sacrificio propio si ello conduce a la *"paz de la República"*³⁵ e incluso, en un diálogo con un hacendado azucarero de Morelos, desliza la ideología revolucionaria que alguna vez lo llevó a estar al lado de Madero:

¿Cómo están las cosas en Morelos? [...]. Don Luis le contestó: "Nos está usted aniquilando con sus demandas de contribuciones". Huerta, excitado, le dijo: "Ustedes no hacen nada por el país", y agregó: "ni ustedes ni sus hijos". Don Luis le contestó: "El año pasado perdí millón y medio". Entonces Huerta ásperamente le replicó: "Es usted un hombre muy afortunado en poder perder esa cantidad".³⁶

O'Shaughnessy llega a trabar una relación de cercanía con Huerta y su familia, al punto casi absurdo de ser ella y su esposo invitados, ya desatado el conflicto con Estados Unidos, al casamiento de uno de sus hijos. En esa ceremonia, Edith se despide de la señora Huerta *"con lágrimas en nuestros ojos, sabiendo cada una que era el fin y pensando en los horrores que habrían de llegar"*.³⁷

También King hace una lectura de Huerta íntima y política, pero no reconcilia estas dos facetas. Políticamente, siempre lo juzga con dureza: su presidencia es una *"vil usurpación"* y él es un dictador implacable que firma la

sentencia de muerte de *"cualquier funcionario que se atreviera a pronunciar palabra contra él"*³⁸ y que *"puede sonreír y sonreír y ser un villano, pues él lo era"*.³⁹ Es un militar firme, resuelto, valiente,⁴⁰ pero también colérico y vengativo. Por ella sabemos también que cada noche que Huerta estuvo alojado en el Bella Vista tuvo que ser subido a su habitación absolutamente ebrio aunque, por la mañana, nada evidenciaba su adicción porque era un hombre de disciplina férrea, algo que le merecía una *"incontestable lealtad"* por parte de sus tropas. Ya en los últimos tiempos de Huerta se encuentra con él en ciudad de México y nos deja el retrato de un hombre *"solo, atrapado"*, que *"comenzaba a experimentar el aislamiento del tirano que no se atreve a confiar en nadie"*.⁴¹

Alguien, por supuesto, muy vinculado a la figura de Huerta fue Francisco I. Madero, a quien ambas presentan como un auténtico idealista que, por lo mismo, fue políticamente ingenuo y torpe, de *"mando débil y voluntad vacilante"*.⁴² Con fascinación, buscando el testimonio más cercano posible, ambas mujeres indagan sobre la muerte de Madero. King cita el anuncio que Huerta dio tras la muerte de Madero en donde sostenía que el presidente y Pino Suárez *"fueron atacados por accidente y perdieron la vida cuando fueron alcanzados por los disparos de una riña callejera"*⁴³ pero siempre se refiere a este suceso como un asesinato y sostiene que *"ni por un segundo creyó nadie otra cosa"*.⁴⁴ La versión más cercana que recaba de este suceso es la del dueño de una empresa de alquiler de coches, cuyos servicios habían sido contratados esa noche:

Esa noche había alquilado dos autos, y uno de los choferes le contó más tarde que subieron al presidente en uno y a Pino Suárez en el otro. Apenas llegaron a un paraje solitario detrás del muro de la penitenciaría, un grupo de hombres armados [...] simuló atacar a la comitiva haciendo disparos al aire. Quienes escoltaban al presidente le ordenaron que bajara a toda prisa para que no lo hirieran. Tan pronto como descendió del automóvil le dispararon en la nuca y cayó muerto. Pino Suárez, al tanto de lo que había ocurrido, se negó a bajar, pero lo sacaron por la fuerza del vehículo y también lo mataron.⁴⁵

A diferencia de King, O'Shaughnessy mitiga la participación de Huerta de este hecho: *"puede hablarse horas y horas con todo tipo de gente sin llegar a encontrar evidencias absolutas de la participación de Huerta en el asesinato de Madero. He llegado a creer que fue una imperdonable y fatal negligencia por parte de Huerta"*.⁴⁶

La percepción que cada una tiene de Huerta marca la distancia en la opinión que tienen de los jefes revolucionarios y de la Revolución. La perspectiva en cada una es muy diferente, ya que O'Shaughnessy jamás tuvo comunicación directa con las fuerzas revolucionarias y su conocimiento de ellas está constituido por noticias de terceros, en tanto King, como ya mencioné, está en estrecho contacto con la Revolución desde su comienzo.

Entre los rebeldes, quien más procura la atención de O'Shaughnessy son Villa, en primer término, y Carranza en segundo. Las referencias a Zapata son escasas. Esto, presumo, es indicativo de que la atención del poder central recaía mayormente en las fuerzas del norte. Carranza es definido como "codicioso", "poseedor de una mediocridad absoluta" y desprovisto de toda capacidad política y Villa como "bandido", "criminal", "carnicero", "sanguinario", "ignorante", "rudo". Con estos jefes a la cabeza, las fuerzas rebeldes son siempre descritas como unas hordas bárbaras que bajan desde el norte del país destruyendo, robando y violando todo lo que encuentran a su paso,⁴⁷ una caterva bruta que secuestra, tortura y mancilla desde su más profunda ignorancia bienes preciosos que van desde joyas, a edificios y bibliotecas privadas.⁴⁸ La Revolución se reduce a que "unos cuantos hombres, entre los cuales hay algunos que no saben leer ni escribir, tengan en sus manos las propiedades de otros cuantos que sí saben leer y escribir".⁴⁹

No sé si voluntaria o involuntariamente, en su crítica a las crueldades y brutalidades revolucionarias, se entrevé cierto sentido del humor, macabro algunas veces, en los rebeldes, como cuando cuenta que "Villa ya habla libremente de sus planes para cuando logre el triunfo. [...] ejecutar a Huerta y a toda su camarilla política basándose en el principio de que el primer deber del "ejecutivo es ejecutar". No hay, en síntesis, ninguna concesión a la lucha revolucionaria en este testimonio.⁵⁰

El único punto de consonancia entre la norteamericana y King es, en este tema, Pancho Villa. Como el orden de atención dispensada a los jefes revolucionarios es inverso al de O'Shaughnessy, Villa es escasamente mencionado en el testimonio de la inglesa, y lo hace confrontándolo con Zapata:

En esta época don Venustiano tenía de su lado a Pancho Villa, el pintoresco rufián del norte [...]. Mucho se ha dicho con el fin de limpiar la imagen de Villa, pero en la parte del país en que yo vivía se le conocía, por casi unánime consenso, como asesino y bandido. Para el pueblo de

Morelos, al cual asolaría más tarde, Villa personificaba lo peor de la Revolución, así como Zapata lo mejor. Zapata sólo quería para su gente la tierra misma, la que le pertenecía legalmente, para alcanzar con ella su salvación; y nunca se apartó de esa meta. Pero Villa se había extraviado en la roja niebla del odio [...]. Todos sus actos parecían coloreados por un sentimiento de desquite contra el mundo por la mala estrella que en la vida lo había perseguido a él y a sus compañeros. En esos días triunfaba por todas partes, y por todas partes sus victorias no dejaban sino muerte y destrucción, saqueo y rapiña.⁵¹

Emiliano Zapata es la figura axial en el testimonio de King. Cuenta, por boca del administrador de su hotel, que el germen revolucionario en Zapata surge cuando, luego de que un hacendado se hubiera apropiado de la milpa de su padre, fue enviado a cumplir un encargo en la casa del propietario en la ciudad de México, “y lo puso furioso descubrir que mantenían los caballos en establos de mármol”.⁵² La causa zapatista nunca es cuestionada por King, porque en esencia entiende que es honesta, que es justa y que la furia con que arrasa con todas las grandes propiedades que va encontrando a su paso es justificada en la fe política del caudillo, que es devolver la tierra a sus propietarios legítimos. De igual modo, las fuerzas zapatistas, caracterizadas como una masa indómita, paupérrima, semidesnuda, no adquieren nunca el carácter brutal que les otorga O’Shaughnessy. Muy por el contrario, en King constituyen no un ejército, sino un pueblo en armas, que lucha por una causa virtuosa, que aman (gloso palabras de King) la visión de “*tierra y libertad*” para su pueblo de su jefe y, por ello, no hay en sus filas ni dinero, ni codicia, ni egoísmo.

O’Shaughnessy, aunque sostiene que, en realidad, poca diferencia hay en los métodos de suplicio de los ejércitos federales y revolucionarios, llena sus cartas con martirios causados por los rebeldes. King hace lo contrario: cuenta cómo los federales capturaban a los zapatistas cuando regresaban al cultivo o cosecha de sus milpas y los obligaban a cavar sus propias tumbas antes de matarlos, y cuenta también cómo se hizo habitual “*el deprimente espectáculo de esos cuerpos mecidos por el viento [que] a esa altura no se descomponían, se secaban hasta momificarse, hasta convertirse en cosas grotescas de las que colgaban unos pies inertes y cuyos cabellos y barbas seguían creciendo*”.⁵³ Por último, King está segura de que, aunque fue asesinado tempranamente (detalle curioso es que equivoca el año 1917 en vez de 1919), Zapata completó la justa reivindicación de su pueblo, los vecinos

morelenses de King, en quienes ella ve en 1930 "un magnífico y renovado orgullo de raza y linaje",⁵⁴ representado en las figuras de "los morenos tlahuicas, ataviados con sus máscaras guerreras de lobos y tigres" y en la "esbelta, poderosa figura de Zapata"⁵⁵ del mural que Diego Rivera pintó simbólicamente en el Palacio de Cortés. Y digo "simbólicamente" porque es en Cortés, en realidad, donde King sitúa el silencioso comienzo de esta lucha revolucionaria. Esto me lleva al último punto que voy a tratar en este trabajo y que busca definir la semántica de la Revolución para cada autora.

Muchas cosas y muy importantes ocurrieron después de que O'Shaughnessy publicara sus cartas como libro en 1916. Ella no vivió los asesinatos de los principales jefes revolucionarios, tampoco las presidencias de algunos de ellos, las posibilidades reales que tuvieron de llevar sus predicamentos a la práctica política, todos sucesos que sí presenció King y que le dan a su testimonio un sentido valorativo más completo del proceso revolucionario. Ambas destacan ese dinamismo cíclico de lealtades y traiciones que fue la mecánica del poder en México a partir de la muerte de Madero, pero el sentido que dan a esto es muy diferente.⁵⁶ Creo, además, que el objeto de sus testimonios es distinto, y esto marca la lectura que una y otra presenta de la Revolución. La crónica de O'Shaughnessy que publica, según declara en su prólogo, "con la trémula esperanza de que sea útil"⁵⁷ constituye una crítica a la devastación, la inoperancia del levantamiento rebelde en México, pero también, y esencialmente, a la política exterior de su país:

Hoy hace dos años que se rompieron las relaciones diplomáticas entre ambas repúblicas. Son también más de dos años desde que los constitucionalistas, a las órdenes de Villa y de Carranza, recibieron todo nuestro apoyo moral y material. Los resultados han sido una expedición punitiva enviada en contra de Villa y una relación muy dudosa y poco satisfactoria entre nosotros y el hostil gobierno *de facto* de Carranza. Por lo que se refiere al bello México, sus industrias están muertas, sus tierras abandonadas y ociosas, sus hijos e hijas en el exilio o muriéndose de hambre en la "tesorería del mundo".⁵⁸

No percibe O'Shaughnessy mayor cambio a raíz de esta "danza macabra" o "guerra fratricida", como llama a la Revolución, porque "el tan traído y tan llevado peón continúa en su misma situación sin haberse favorecido en nada con estos cambios".⁵⁹

Tampoco identifica la rebelión en México con una necesidad intrínseca, sino más bien con un "*vicio de revoluciones*" propio de toda América Latina en donde "*todo el mundo está en espera del momento propicio para traicionar a los otros*"⁶⁰ y en donde todo se sucede de forma veloz y de manera muy variada, de manera, en definitiva, insustancial.⁶¹

La visión de los acontecimientos en King es diametralmente opuesta: la rebelión encuentra una única explicación en la historia del país que explota, en 1910, a raíz de la enorme disparidad de derechos que existe entre hacendados y trabajadores pero que tiene, en Morelos, su origen antes incluso de la llegada de Cortés, cuando los tlahuicas defendían a Cuauhnáhuac de las invasiones aztecas. La Revolución, entiende King, era para México "*infinitamente más que la Revolución de 1910*": era, dice, la prolongación de un incesante movimiento de resistencia por preservar la libertad y la tierra en continua violación por fuerzas foráneas. Esta lucha, "*silenciosa, vasta, incesante*"⁶² es por la posesión, por la preservación no de poder ni de bienes, sino de una identidad orgullosa de raza y linaje. En la práctica, los logros de la Revolución quedaron reflejados en la reforma constitucional,⁶³ pero en esta revolución expandida surgida 400 años antes, la Revolución de 1910 es sólo el "*fuego que extirpa la peste*",⁶⁴ la *tabula rasa* necesaria para comenzar a "*desarrollar desde dentro una cultura mexicana*".⁶⁵

NOTAS

* Carolina Depetris é doutora em Filosofia e Letras pela Universidad Autónoma de Madrid. Pesquisadora do Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: depetris@humanidades.unam.mx

¹ KING, Rosa E. *Tempestad sobre México*. México: Conaculta (Serie Mirada Viajera), 1998, p. 29.

² Porque, dice, ni en Cuernavaca ni en México "*existía entonces un sitio en el que pudiera beber por la tarde una taza de té y charlar con los amigos*", KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 35)

³ *Idem*, p. 27.

⁴ *Idem*, p. 70.

⁵ *Idem*, p. 67.

⁶ En el caso del testimonio de O'Shaughnessy hay una variable más a tener en cuenta, aunque no tengo elementos para poder realmente analizarla: *Diplomat's wife in Mexico*, dije, es una compilación de cartas que ella escribe a su madre, de modo que, a menos que hiciera copias de cada una de sus cartas escritas y las conservara, fue la madre de O'Shaughnessy, la Sra. Coues, quién recopiló todo ese material y en algún momento se lo entregó completo a su hija acaso sugiriendo su publicación. La madre de O'Shaughnessy, como destinataria, pudo haber sido en este caso quien percibiera estos tres factores que mencionamos como elementos de interés suficiente para abrir las cartas de su hija a una recepción más amplia.

⁷ O'SHAUGHNESSY, Edith. *Huerta y la Revolución vistos por la esposa de un diplomático en México*. México: Editorial Diógenes, 1971, p. 321.

⁸ KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 16.

⁹ La escena culmina con una observación que, por el contraste que supone, se carga de ironía: "*Una banda tocaba en la placita del pueblo*" KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 179. La ironía surgida, por un lado, de situaciones a veces desopilantes, a veces grotescas, de la realidad mexicana y, de otro, por el agudo sentido de observación de este tipo de detalles posible en gran medida por la distancia que a ambas mujeres otorga la extranjería, es un rasgo que comparten O'Shaughnessy y King y que, con frecuencia, está teñido de tintes humorísticos. En la primera salida de Cuernavaca, King, hacinada en un vagón de tren, siente junto con los demás el temor a ser atacados por los zapatistas luego de que el tren se detiene abruptamente y todos caen. Comenta: "*Todos habíamos padecido largas horas de miedo y suspenso, y ahora la caída nos desquiciaba. Por un momento nos vimos al borde del caos. De pronto se abrió paso la voz de una mujeres, trémula, absurda: '¡Oh, miren lo que ha hecho la gallinita! La gallina que apretaba contra su regazo había puesto un huevo'*". *Idem*, p. 108. Un ejemplo en O'Shaughnessy: "*Huerta en su discurso del día veinte, al abrir el Congreso, hizo suyas las palabras célebres de Napoleón: 'La ley no se ha violado si el país se ha salvado'. Todos tratamos de averiguar dónde las pescaría'*". KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 178.

¹⁰ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 97.

¹¹ *Idem*, p. 187.

¹² *Idem*, p. 252 y 271.

¹³ "A veces toda esta situación puede resumirse en una palabra clave: petróleo. México es un centro infinito y trágico de todas aquellas cosas que el mundo desea". *Idem*, p. 83; "*El motivo de la tragedia y a la vez la riqueza de México es el petróleo*". *Idem*, p. 138.

¹⁴ KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 99.

¹⁵ *Idem*, p. 139.

¹⁶ La lluvia, que la "*relajaba*", le "*crispa los nervios*"; "*Las cuatro paredes [del hotel] me deprimían y la belleza del jardín parecía una burla*" KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 140.

¹⁷ *Idem*, p. 141.

¹⁸ *Idem*, p. 149.

¹⁹ *Idem, ibid.*

²⁰ *Idem*, p. 153.

²¹ *Idem*, p. 206.

²² *Idem*, p. 219.

²³ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 283.

²⁴ "Lo había perdido todo. El Bella Vista había pasado a manos de otro propietario, que reconstruyó el hotel: ya no es el mismo que cuando era mío" *Idem*, p. 221.

²⁵ KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 224 e ss.

²⁶ Ella misma lo dice en su prólogo: "*Victoriano Huerta, la figura central de estas cartas, está muerto y muchos otros con él*". O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 21.

²⁷ "*El árbol genealógico legal, aunque no moral, de la presidencia hasta Huerta, es el siguiente: Madero, presidente constitucional, Pino Suárez, vicepresidente constitucional. Sus renuncias fueron aceptadas por Pedro Lascuráin, ministro de Relaciones Exteriores, antes de que los encarcelaran. Lascuráin se convirtió en presidente por el procedimiento legal en vista de que el puesto del ejecutivo estaba vacante. Parece ser que sólo fue presidente durante veinte minutos. Éste es un tiempo breve, incluso en Latinoamérica. Pese a ello tuvo tiempo suficiente para nombrar a Huerta ministro de Gobernación. Después de su renuncia, el poder ejecutivo, según entiendo, recayó en Huerta con carácter de provisional y bajo la promesa constitucional de convocar elecciones presidenciales. Ésta es la forma técnica como Huerta llegó a ser presidente y, de acuerdo a la Constitución, no hay duda alguna sobre la legalidad del procedimiento*" O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 37.

²⁸ *Idem*, p. 32.

²⁹ *Idem*, p. 30.

³⁰ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 36. En otra carta añade que esta falta de respeto por la vida humana que tiene Huerta incluye la del propio Huerta. *Idem*, p. 38.

³¹ Cuando finalmente el *chargé* y su mujer dejan ciudad de México porque era inminente el conflicto con Estados Unidos, Huerta cuida cada detalle de esta salida. "*Ningún soberano de Europa podría haber planeado con mayor majestuosidad esta salida nuestra como lo hizo Huerta*". *Idem*, p. 179.

³² "[...] *da la impresión de ser un abstemio absoluto*", O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 74.

³³ *Idem*, p. 43. "*Se ha hablado mucho sobre la fortuna personal de Huerta, pero en realidad nadie sabe si es rico o pobre. Su nueva casa en San Cosme es una baratija. Cuando nos recibió la señora Huerta, traía colgado al cuello un gran brillante. Yo me pregunto: ¿y por qué no habría de tener uno?*" *Idem*, p. 122.

³⁴ *Idem*, p. 126.

³⁵ *Idem*, p. 235.

³⁶ *Idem*, p. 198.

³⁷ *Idem*, p. 281.

³⁸ KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 101.

³⁹ *Idem*, p. 115.

⁴⁰ En medio de una balacera por la toma de control de Cuernavaca, King ve a un "*hombre que llamaba la atención porque estaba solo y montaba un hermoso caballo. Inmóvil como un bloque de acero, el cuerpo inerte, el rostro inexpresivo, el fulano no se cuidaba de las balas que como plumas volaban a su alrededor*". Pregunta King quién era y le responden: "*Ése es el general Victoriano Huerta. No le tiene miedo a nada*". *Idem*, p. 73.

⁴¹ *Idem*, p. 102.

⁴² *Idem*, p. 75. Este es el retrato que hace O'Shaughnessy: "Era terriblemente calculador, y tenía grandes cualidades de vitalidad, de inteligencia y un muy especial magnetismo personal. Es suyo el refrán que dice 'de una familia con tantos inteligentes, se escogió al único tonto para que fuera presidente'. Tenía unos treinta y cinco o treinta y seis años y amaba la vida. Una contestación rápida a todo, un ojo observante y una mano ávida de tesoros". O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 212.

⁴³ KING, Rosa. *op.cit.* p. 92.

⁴⁴ *Idem*, p. 93.

⁴⁵ *Idem*, p. 95.

⁴⁶ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 206.

⁴⁷ *Idem*, p. 172.

⁴⁸ Habla en un momento de la biblioteca que Luis García Pimentel, familia de la aristocracia mexicana, tiene, y dice que "esta biblioteca mexicana cubre todo lo que sido posible rescatar hasta nuestros tiempos". *Idem*, p. 161. En nota al pie agrega: "Esta casa ha pasado a manos extrañas y la enorme biblioteca ha desaparecido. La señora García Pimentel tuvo mucha suerte en poder enviar algunos de los manuscritos más valiosos a Inglaterra. Entre ellos: los manuscritos de Motolinía, las Cartas de Cortés, la primera edición de Cervantes, los Diálogos de Cervantes de Salazar y uno o dos volúmenes del padre de la Veracruz y del padre Sahagún. Ella y su hija soltera se los llevaron escondidos entre los chales, cuando se vieron precisadas a salir de la casa, en la madrugada, luego de escuchar estrepitosos golpes en la puerta. Al abrir, aparecieron los soldados de Carranza [...]. La famosa biblioteca de los Casasus también fue saqueada y sus tesoros quedaron destruidos [...]". *Idem*, p. 161.

⁴⁹ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 122.

⁵⁰ *Idem*, p. 235. Recordemos aquí, además, que en el momento en que Estados Unidos decide apoyar a las fuerzas del norte, O'Shaughnessy comienza a criticar duramente la política exterior de su país.

⁵¹ KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 188.

⁵² *Idem*, p. 58.

⁵³ *Idem*, p. 79.

⁵⁴ *Idem*, p. 225.

⁵⁵ *Idem*, *Ibid.*.

⁵⁶ "Uno tras otro los hombres han ido opacando a sus jefes. Cometen traición, luego llegan al poder y caen por causas similares a las que los elevaron y generalmente el causante es uno de sus amigos" O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 104. King dice: "La Revolución ya no era un movimiento concertado, si acaso alguna vez lo había sido. México se encontraba desgarrado por las facciones, todas al menos de nombre 'revolucionarias' y todas más o menos antagónicas entre sí". KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 188.

⁵⁷ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 21.

⁵⁸ *Idem*, *Ibid.*.

⁵⁹ O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 122.

⁶⁰ *Idem*, p. 151.

⁶¹ Ver O'SHAUGHNESSY, Edith. *op. cit.* 1971, p. 143. En relación a la revolución en Perú, cuenta: "Óscar R. Benavides, el líder revolucionario [de Perú] ha asumido la presidencia. Hace apenas unos días se ofrecía recompensa por su cabeza. Van a hacer necesarias varias administraciones antes de que Latinoamérica se cure definitivamente el vicio de las revoluciones". *Idem*, p. 177.

⁶² KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 210.

⁶³ "Fue maravilloso constatar que los derechos de los peones se confirmaban en las cortes, que los trabajadores se defendía de la explotación. Se construyeron escuelas. El gobierno emprendió una tremenda campaña educativa" KING, Rosa E. *op. cit.*, 1998, p. 219.

⁶⁴ Idem, p. 153.

⁶⁵ Idem, p. 221.